

Kütral, el guardián del bosque

De todos los duendes del bosque patagónico, Kütral era el que tenía más chispa. Siempre contento y saltarín, con sus ojitos atentos a todo.

Aunque, a decir verdad, ese verano todos lo vieron algo preocupado y menos saltarín que de costumbre. Se lo veía recorrer el bosque mirando al suelo, al cielo, arrancando pastos secos del piso, subido a los árboles... Estaba raro y callado.

-¿Qué te anda pasando, Kütral? ¿Por qué tan callado estos días? -le preguntó Kono, la paloma.

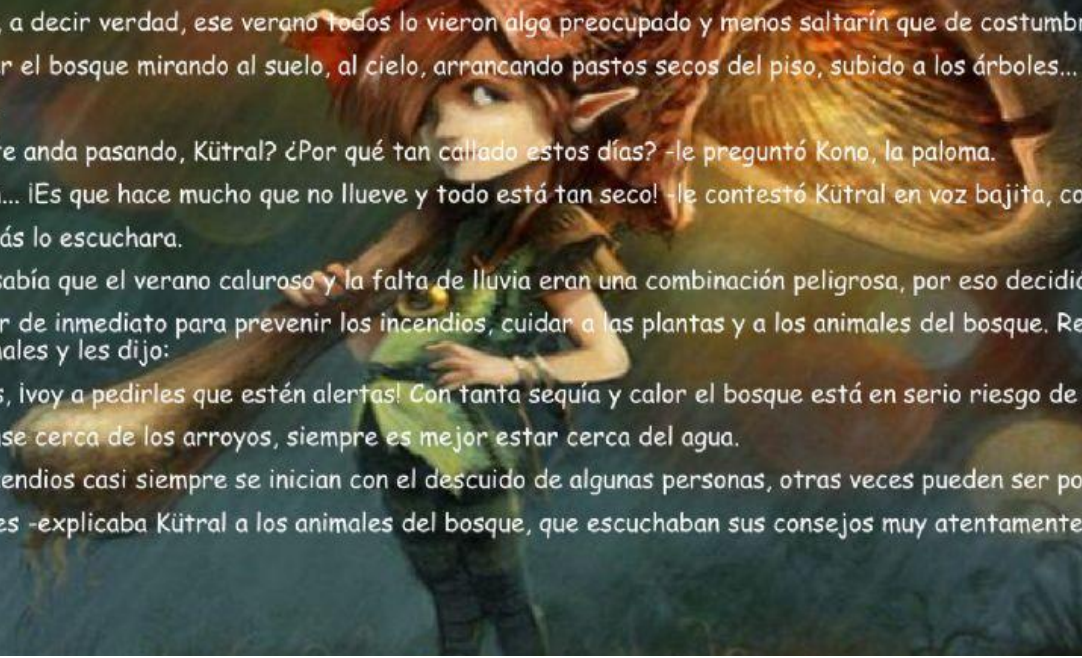
-Mmmm... ¡Es que hace mucho que no llueve y todo está tan seco! -le contestó Kütral en voz bajita, como para que nadie más lo escuchara.

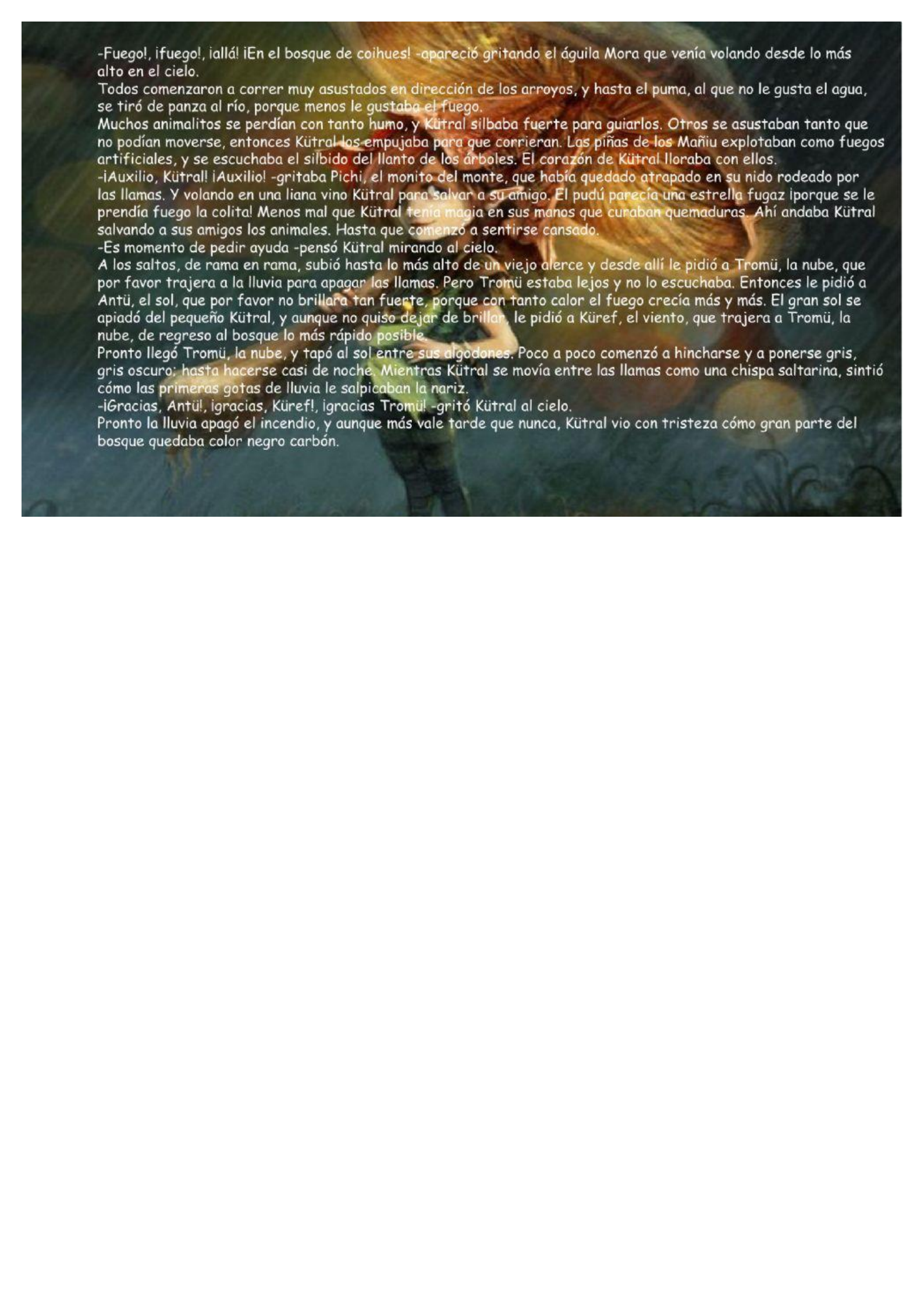
Kütral sabía que el verano caluroso y la falta de lluvia eran una combinación peligrosa, por eso decidió ponerse a trabajar de inmediato para prevenir los incendios, cuidar a las plantas y a los animales del bosque. Reunió a todos los animales y les dijo:

-Amigos, ¡voy a pedirles que estén alertas! Con tanta sequía y calor el bosque está en serio riesgo de incendio.

Quédense cerca de los arroyos, siempre es mejor estar cerca del agua.

-Los incendios casi siempre se inician con el descuido de algunas personas, otras veces pueden ser por causas naturales -explicaba Kütral a los animales del bosque, que escuchaban sus consejos muy atentamente.



The background of the text is a dark, atmospheric illustration of a forest fire. In the foreground, a person is seen from the back, looking towards a bright, glowing fire in the distance. The fire is intense, with orange and yellow flames rising from the trees. The scene is set at night or in low light, with the fire providing the primary source of illumination. The overall mood is one of urgency and danger.

-Fuego!, ifuego!, ¡allá! ¡En el bosque de coihues! -apareció gritando el águila Mora que venía volando desde lo más alto en el cielo.

Todos comenzaron a correr muy asustados en dirección de los arroyos, y hasta el puma, al que no le gusta el agua, se tiró de panza al río, porque menos le gustaba el fuego.

Muchos animalitos se perdían con tanto humo, y Kütral silbaba fuerte para guiarlos. Otros se asustaban tanto que no podían moverse, entonces Kütral los empujaba para que corrieran. Las piñas de los Mañiu explotaban como fuegos artificiales, y se escuchaba el silbido del llanto de los árboles. El corazón de Kütral lloraba con ellos.

-¡Auxilio, Kütral! ¡Auxilio! -gritaba Pichi, el monito del monte, que había quedado atrapado en su nido rodeado por las llamas. Y volando en una liana vino Kütral para salvar a su amigo. El pudú parecía una estrella fugaz (porque se le prendía fuego la colita! Menos mal que Kütral tenía magia en sus manos que curaban quemaduras. Ahí andaba Kütral salvando a sus amigos los animales. Hasta que comenzó a sentirse cansado.

-Es momento de pedir ayuda -pensó Kütral mirando al cielo.

A los saltos, de rama en rama, subió hasta lo más alto de un viejo alerce y desde allí le pidió a Tromü, la nube, que por favor trajera a la lluvia para apagar las llamas. Pero Tromü estaba lejos y no lo escuchaba. Entonces le pidió a Antü, el sol, que por favor no brillara tan fuerte, porque con tanto calor el fuego crecía más y más. El gran sol se apiadó del pequeño Kütral, y aunque no quiso dejar de brillar, le pidió a Küref, el viento, que trajera a Tromü, la nube, de regreso al bosque lo más rápido posible.

Pronto llegó Tromü, la nube, y tapó al sol entre sus algodones. Poco a poco comenzó a hincharse y a ponerse gris, gris oscuro; hasta hacerse casi de noche. Mientras Kütral se movía entre las llamas como una chispa saltarina, sintió cómo las primeras gotas de lluvia le salpicaban la nariz.

-¡Gracias, Antü!, ¡gracias, Küref!, ¡gracias Tromü! -gritó Kütral al cielo.

Pronto la lluvia apagó el incendio, y aunque más vale tarde que nunca, Kütral vio con tristeza cómo gran parte del bosque quedaba color negro carbón.

-¡A trabajar! -dijo Kütral para animarse-. Hay que plantar muchas semillas para recuperar el bosque. El fuego se había ido, y el momento de reconstruir había llegado. Pronto vino el otoño con sus lluvias. Tromü, la nube, tuvo mucho trabajo regando el bosque y, poquito a poco, los árboles comenzaron a recuperarse. El invierno trajo la nieve y el frío, para sanar las heridas de tanto fuego. Y Kütral pudo descansar en su pequeña casa, calentito. Cuando llegó la primavera, el hada Ayelén despertó en su capullito de chilco. Bostezó, se lavó la carita con el rocío de la mañana y salió a despertar a las flores. Mientras Ayelén florecía las mutisias, Kütral la espiaba escondido.

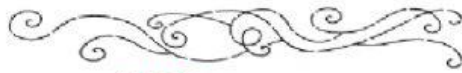
-¡Qué hermosa!- suspiraba Kütral, enamorado, sin ver que Ayelén ya lo había descubierto.

-¡Chuick! -sonó el beso que le dio Ayelén en la mejilla-. Gracias por salvar el bosque -le dijo.

Y Kütral se puso colorado, más colorado que nunca, tal vez porque ya sentía el calorcito del verano... o quién sabe por qué. Lo que sí sabía era que, esa primavera, sería la más hermosa de todas.

Gabriel Cortina

• **Uní** cada palabra con el personaje al que hace referencia.



viento

Kütral



sol

Tromü

duende



Antü



nube

Küref